

# Prostitución a la carta

de Izumi Kyôka

## UN AUTOR EXTEMPORÁNEO

La obra del escritor japonés Izumi Kyôka (1873-1939) se levantó desde sus comienzos, a fines del siglo XIX, como un poderoso dique de contención al realismo literario importado a Japón a partir del mismo instante de ingreso a la modernidad, con la Restauración Meiji de 1868, en especial al naturalismo a la japonesa, cultivado con esmero por numerosos escritores de su generación. Kyôka se convirtió así en líder de un movimiento romántico que hizo bandera del rechazo a las modas provenientes de Europa, aferrándose con uñas y dientes a una tradición literaria devaluada por ser considerada retrógrada y feudal. Es así como sus narraciones, en especial a partir del enorme éxito alcanzado por la novela corta *El asceta del Monte Kôya* (*Kôya hijiri*, 1900) fueron enfatizando estilos y contenidos considerados anacrónicos por una sociedad enfrascada en la tarea de sepultar el pasado.

En el período Edo (1603-1869), el florecimiento de la literatura *gesaku*, concebida para entretenimiento de las crecientes masas urbanas que preanunciaban la modernidad en pleno apogeo del sistema feudal centralizado impuesto por los shogunes Tokugawa, nombres notables como los de Ihara Saikaku, Ueda Akinari, Jippensha Ikku y Santô Kyôden, por citar a los más conocidos en esta parte del mundo, habían elevado el arte de narrar a cimas que escritores como Kyôka soñaban con emular.

Por este motivo, los textos de Kyôka son de difícil lectura incluso para los japoneses contemporáneos cultos, acostumbrados a recursos menos alambicados y crípticos como los aportados por la modernidad. Sumergirse en una *nouvelle* de Kyôka significa retrotraerse a una época lejana, mucho más lejana que la contemporaneidad del propio autor. Y ni qué decir del reto que significa traducir a alguna lengua europea, en nuestro caso el castellano, ese universo en el que se mezclan fórmulas arcaicas de expresión con contenidos expresamente alejados de cualquier intento por representar la "realidad".

Mundos fantásticos los de Kyôka que, más que transmitir ideas, buscan promover sensaciones estéticas y asociaciones pictóricas que lo emparentan con el simbolismo francés de fines del XIX.

Una dificultad que vuelve especialmente ardua la labor de traducir a Kyôka es la escasa resonancia que nuestra lengua contemporánea logra en la evocación de atmósferas tan ligadas al pasado y a las particularidades de la lengua japonesa. He procurado, por eso mismo, buscar equivalentes literarios de otra época, formas de un castellano fuera de uso, algo así como la lengua de un no lugar, para lograr reproducir el lenguaje escrito de siglos anteriores y así transmitir cabalmente el clima de los relatos de Kyôka. El desafío valió la pena, pero es el lector el que debe decir si se ha alcanzado ese objetivo. No sentir extrañeza al leer a Kyôka traducido significaría, en alguna medida, haber fracasado en el intento.

Por otra parte, lo curioso en el caso de Kyôka es que, aunque desdeña la expresión literaria contemporánea, en sus obras están presentes elementos de la modernidad como son los trenes, los teléfonos, los automóviles, la luz eléctrica, el cinematógrafo, si bien iluminados por una luz irreal que difumina su robusta materialidad. La obra que se presenta a continuación podría constituir un buen ejemplo del universo gótico de raigambre japonesa que sigue fascinando a los innumerables admiradores que Kyôka continúa teniendo en su país, sobre todo porque el teatro, el cine e incluso el *manga* se han abocado a la tarea de apropiarse de su mundo y proyectar hacia delante, en permanente vigencia, el melodrama romántico de tintes eróticos que nuestro superficial presente, *hélas!*, parece haber sepultado.

**Guillermo Quartucci**



## PROSTITUCIÓN A LA CARTA

IZUMI KYÔKA

### 1.

Por pudor, casi no me atrevo a decir que lo primero que llamó su atención fue el viso largo de seda escarlata, brillante como una llamarada con manchas de bermellón. Los falzones del kimono no estaban cerrados, sino que la mujer los había levantado y los sostenía entre las rodillas, dejando a la vista el viso escarlata, evitando así la incómoda sensación del kimono húmedo sobre los tobillos. La blancura de sus pies desnudos hacía más incandescente aquel rojo, y las *geta*<sup>1</sup> bajas laqueadas, con tiras color glicina, mostraban restos de lodo. Estaba sentada en una esquina de la sala de espera, con un muslo ligeramente inclinado hacia dentro, mientras afuera la lluvia seguía cayendo.

Como los días se estaban alargando, aunque ya eran pasadas las cinco de la tarde de un día de primavera, todavía no había oscurecido. El escenario era la sala de espera de la estación elevada de Manseibashi de la línea de trenes que atravesaba el corazón de la ciudad.

Los sauces habían empezado a retoñar y los cerezos mostraban sus botones, en esos días de comienzos de la primavera teñidos de verdes y rojos, atenuados por los lilas de la niebla. El aguacero que estaba cayendo tenía más bien la intensidad de los de mayo: el paisaje, la gente y hasta los botes del río Kanda habían sido deglutidos por la espesa lluvia que calaba hasta los huesos, como habían sido borrados el sangrante rojo de los ciruelos y el carmesí de los durazneros.

Observando con asombro el paisaje se encontraba el doctor Hata Sôkichi, protagonista de esta historia, que había regresado hacía poco de una estancia de especialización en el extranjero y trabajaba en el Departamento de Medicina Interna del hospital universitario.

Se trataba de un hombre sobrio a quien lo tenían sin cuidado las apariencias. En su habitual trayecto desde Shiba no Takanawa hasta el hospital, se bajaba del tren en Ochanomizu y caminaba hasta la universidad. Pero ahora, después de casi una semana de lluvia incesante, las calles se habían convertido en verdaderos lodazales y los pasajeros, con barro hasta los tobillos y embutidos en una especie de casulla marrón oscuro, parecían tejones. El mismo aspecto lucía Hata, si bien

por su blancura y su nariz aguileña más que un tejón parecía un conejo.

Acobardado por el lodazal, en esta ocasión había decidido tomar el tranvía de la calle Hongo y bajarse en Manseibashi, donde pasó junto a la estatua de bronce, atravesó el pasaje subterráneo de ladrillos y subió a la estación de trenes por la escalera de piedra. De esta manera, podría tomar la línea Kôbu que atravesaba Tokio para llegar a Shinagawa.

Sin embargo, la cosa no era tan sencilla pues la hora y la lluvia lo complicaban todo. Había esperado encontrarse con mucha gente en la estación de Manseibashi, pero ni por asomo imaginó aquella multitud de cuerpos calientes apiñados en los andenes, como si trataran de huir de un incendio o una inundación. En el andén de la derecha esperaban los que iban hacia Nakano y en el de la izquierda los que iban en dirección a Shinagawa, formando una muralla compacta de dos y hasta tres hileras de personas.

El tren estaba por llegar, pero sería imposible que todos pudieran subir, por lo que Sôkichi, con resignación, sacudió el agua del paraguas y se lo puso debajo del brazo mientras se quitaba los guantes. En ese momento, vislumbró un espacio menos congestionado en el centro de la plataforma que semejaba un invernadero: era la sala de espera. Al entrar, sintió el olor de los cuerpos húmedos por la lluvia y fue entonces que vio aquel rojo resplandeciente como el fuego de la gran estufa a carbón que calentaba el ambiente.

## 2.

Con tono poco amigable, parado en medio de la multitud oscura junto a una columna, con los brazos cruzados y una gorra también roja, un empleado de la estación anunció:



—No hay electricidad en una dirección y en la otra ha habido un desperfecto.

Sôkichi se asomó a la puerta y vio a aquel hombre barbado que hablaba con voz de autómatas, pero sin signos de crispación.

—¿Que no hay electricidad?

—¿Que ha habido un desperfecto?

Coros de cuatro o cinco voces se lamentaban:

—¡Ah, ah!

—¡No es posible!

—¡Lo único que faltaba!

—¿Y ahora qué hago? —se quejaba, alzando los hombros, acorde con el fastidio de la multitud, una colegiala que viajaba sola.

A juzgar por el tono que empleaba el hombre de la gorra roja, no era la primera vez que hacía aquel desafortunado anuncio.

Las vías del tren, a un nivel más bajo que el de la plataforma, reflejaban la luz mortecina de la tarde, serpenteando en el mar de lodo de la gran ciudad, pareciendo decir a la multitud que se movía arriba: “Tengan paciencia, pescadores. Ya capturarán un bagre en este río fangoso”, mientras mordían con su sonrisa de acero el terraplén.

Las palabras del hombre de la gorra roja podrían haber sido bien intencionadas, pero el profesor universitario, recién llegado del extranjero, con su bombín y traje occidental, a duras penas podía mantener la compostura frente a los empujones de que era objeto.

Aunque Sôkichi no fumaba, se acercó a la estufa y en eso volvió a vislumbrar aquella cascada roja que caía hacia el piso como si se tratara de un pez carpa que brincaba en el aire. En ese momento, la mujer sentada junto a la del viso escarlata se puso de pie. Ambas parecían estar juntas. La que acababa de pararse era alta, iba peinada de rodete y vestía un *haori*<sup>2</sup> de Ôshima. Su cara era alargada y sus rasgos, desde el primer instante, intrigaron al profesor.

Sôkichi tenía un primo que se acababa de casar y con quien últimamente se veía poco a causa de sus ocupaciones. Sin embargo, había asistido a la boda y tenía muy fresca la cara de la esposa, increíblemente parecida a la de la mujer de pie. Pero, más que el parecido, lo que le sorprendía sobremanera era encontrarla en un lugar como aquel y, sobre todo, la mirada impertinente que le había lanzado, para después desviarla hacia el cielo lluvioso al otro lado de la ventana, haciéndose la que no lo conocía.

No cabían dudas de que era otra persona. Y aun así, la estatura, el peinado asimétrico, la palidez de la cara, el adorno azul claro que llevaba en el cabello y hasta la mirada que dirigió a lo alto le recordaban a la esposa de su primo. En lugar de fruncir el entrecejo, como muchas mujeres, la esposa de su primo tenía la costumbre de arrugar la nariz, igual que aquella mujer. Se notaba que estaba harta de la espera y el disgusto que la lluvia le causaba era patente en las arrugas alrededor de la boca.

Aún sabiendo que no era la que pensaba, Sôkichi tuvo que controlarse para no dirigirle la palabra, pero los pies lo impulsaban hacia ella y la

mano lo quería obligar a sacarse el sombrero para saludarla. Desconcertado, dio media vuelta y se puso a mirar los árboles del santuario de Myôjin sumergidos en la niebla estacionada sobre los techos de Shitaya y Kanda.

La mujer del viso escarlata miraba en la misma dirección.

### 3.

Con la cabeza de lado, su perfil mostraba la nariz aguileña. Su pecho era inmaculado.

Sôkichi se preguntaba a quién le recordaba. Llevaba el cabello desarreglado, sujeto con una peineta en la parte superior de la cabeza, y el *haori* oscuro sobre los hombros. Una de sus manos se ocultaba con delicadeza en la solapa del kimono, mientras que la otra, muy delgada, sostenía con firmeza un monedero de vestir verde claro sobre las rodillas que aprisionaban los faldones levantados. El monedero parecía de juguete, a pesar de que ella debía de tener más de treinta años. El viso escarlata, los pies sin calcetines, el cabello desarreglado y el *haori* en los hombros, todo le confería un aspecto perturbador. El maquillaje era muy espeso y los labios habían sido exagerados con carmín rojo. Con la mirada fija en el santuario distante, la espalda erguida, la barbilla levantada, los grandes ojos muy abiertos y la solapa angosta del kimono contrastando con la blancura del pecho, parecía una muñeca viva. Más que hermosa, era muy atractiva. Sus cejas eran especialmente encantadoras, suaves y bien dibujadas.

Estas características no podían pertenecer a otra mujer que aquella a la que Sôkichi no había podido olvidar. A decir verdad, el parecido no era tan perfecto como el de la otra mujer con la esposa de su primo. Pero había sido este parecido el que había despertado el interés de Sôkichi por la mujer del viso escarlata.

Y además, estaban las cejas. Sôkichi sintió de pronto haberse tragado una luna en creciente que irradiaba en su corazón una luz incandescente y gozosa.

El nombre de la mujer era Osen y hace mucho tiempo había salvado la vida a Sôkichi en el lugar

donde la mujer de escarlata tenía clavada la mirada, el santuario Myôjin.

—Por poco llego tarde. Esa navaja...

Incluso ahora, a la vista del santuario, Sôkichi tuvo un estremecimiento de horror. Las nubes de lluvia sobre los árboles formaban una máscara siniestra surcada de arrugas gris arratonado, con los aleros oscuros de las casas alrededor del santuario haciendo de dientes negros y el ladrillo rojo de dos o tres construcciones más altas como los labios de algún demonio devorador de hombres. Para los que sólo asistían a aquella lluvia brumosa de primavera, aquellas arboledas debían de semejar hileras de árboles que parecían cejas. Pero para Sôkichi, recordando su intento de suicidio, eran más bien como una barba descuidada que se perdía en el cielo.

Las cejas de la mujer de escarlata apuntaban hacia arriba, como un par de gansos salvajes elevándose hacia el éter. Estaba en estado de éxtasis, con sus grandes ojos abiertos, imperturbables.

—¿Será ella?

El corazón de Sôkichi bramaba como el mar y la estación de trenes se había convertido en la escotilla de un gran barco con la proa enfilando hacia el bosque que rodeaba el santuario Myôjin, ahora casi al alcance de la mano.

—Nos adentramos en el callejón en escalera que sube al Myôjin.

—¡Atención con la casa a la derecha!

En la mañana de aquel día fatídico, Sôkichi, por primera vez, había sido afeitado por uno de aquellos rufianes. Y por la noche, con esa misma navaja, había intentado cortarse la garganta en el santuario Myôjin.

(Pero vayamos por partes).

Sôkichi había llegado a Tokio sin planes específicos y sin un centavo como para pensar en estudiar. Como no tenía dónde vivir, se unió a un grupo de rufianes, seres marginales que lo ayudaron a sobrevivir. Algunos eran estudiantes de medicina fracasados; algunos hasta se habían casado o medraban en el mundo de la política; algunos eran comerciantes de poca monta; los había charlatanes, y un par de ellos se estaban preparando para ingresar a la policía.

Sôkichi vivía en el callejón en escalera que sube al Myôjin, en la pensión regentada por un ex estudiante de medicina hambriento de nombre Matsuda y su esposa. Al final de la subida, había una casa con una ventana a la calle, y una lámpara y un sauce llorón al frente, el lugar ideal para que alguien tuviera guardada a su concubina. Ella se llamaba Osen y era tan fresca como una gota de rocío. Y era a ella a quien la mujer de escarlata se parecía.

#### 4.

Osen era una mujer que se había abierto camino en la vida con gran esfuerzo. Era la concubina del líder de la pandilla, un tipo grandote como una estatua de nombre Kumazawa, el cual, a estar por los rumores, habría de convertirse algún día en un exitoso hombre de negocios. Las habladurías decían que Osen había sido rescatada de un prostíbulo por este hombre, pero la realidad era que había sido convencida por él para que se fuera a vivir como su concubina al callejón en escalera. Era evidente que se trataba de una profesional, pero Sôkichi no podía, incluso ahora, decir a qué categoría pertenecía. Por entonces, Osen era una mujer muy bella, tres o cuatro años mayor que él, o quizás más, a la que simplemente consideraba adorable.

La noche anterior había sido húmeda y lluviosa, como la tarde en que transcurre esta historia. Pero a la mañana siguiente, día del equinoccio de primavera, las nubes se habían ido abriendo como el capullo de una flor. Aunque habían dado las diez, Sôkichi no había probado bocado. Para los que conocen lo que es el hambre, no será difícil imaginar cómo se sentiría. Cuando el hambre aprieta, la vigilia se vuelve intolerable.

La noche anterior, antes de que oscureciera, desde un restaurante cercano habían llevado a la casa de la concubina unos tazones de *tendon*<sup>3</sup>, y otra vez, a la una de la mañana, fideos *soba* cuyo olor llegó hasta la almohada de Sôkichi y de los cuales seguramente habían quedado sobras. Con el estómago vacío, abrió la puerta de bambú que daba al callejón estrecho flanqueado de casas con alero y, cuando se disponía a salir, vio a los tres hombres

que surgían de debajo del sauce llorón que estaba al final de la subida.

El de la espalda ancha, con un saco corto de algodón, era Matsuda, el dueño de la pensión donde vivía Sôkichi. Éste, al sentirse observado, retrocedió hacia la puerta. Matsuda, levantando un dedo, preguntó con voz apenas audible:

—¿Todavía está dormida?

El otro hombre era un sacerdote budista bastante atractivo, de cara delgada y pálida, con la cabeza recién afeitada mostrando un matiz ligeramente azulado. Sobre el kimono gris, llevaba puesto un *haori* de seda con cinco blasones estampados y rayas rojas en las mangas, que en realidad pertenecía a Osen. El sacerdote había llegado a la calle la noche anterior, trayendo un rosario de cuentas de cristal y vistiendo una casaca morada sobre los hombros.

Detrás de él, había un hombre de piel oscura, ojos hundidos, boca abultada y con una tonsura en la coronilla en forma de platillo, que había pasado de la política a los negocios. En gesto de broma, simulaba estar golpeando con el puño la cabeza reluciente del monje mientras observaba a Sôkichi con el rabillo del ojo. Al abandonar la política, había cambiado la vestimenta formal por la casaca corta de algodón y los pantalones a la rodilla que dejaban al descubierto sus piernas delgadas, propios de los comerciantes. Su nombre era Heishirô, pero le decían Platillo a causa de la tonsura.

Los tres habían pasado la noche en casa de Osen jugando a las cartas y en ese momento se dirigían al baño público, en sentido contrario al de Sôkichi, que iba a la casa de Osen. Su objetivo no era sólo ver si habían quedado restos de comida, sino ayudar a poner orden luego de una noche de francachela.

—Lamento que un estudiante tenga que hacer este trabajo. —Osen, sosteniendo los faldones del kimono, dejando al descubierto el viso, se apartó del calentador junto al cual había estado sentada en un cojín de terciopelo negro.

—¿Qué dice? Este granuja es uno de los nuestros —le replicó Amaya con una sonora carcajada. Amaya había fracasado como estudiante de medicina y

estaba intentando entrar en el mundo de los negocios. Tenía el cabello largo y desperejo, y su abultada barriga estaba cubierta por un delantal ceñido con una faja.

Los dos pasaron al cuarto contiguo, donde estaba la concubina de Matsuda, que trabajaba allí como criada. Sôkichi, a pesar del hambre que le hacía rugir el estómago, se puso manos a la obra hasta terminar de ordenar la habitación.

—¡Has trabajado duro! —le dijo con satisfacción Amaya. —Señora, ya está lista. —Y colocó varios cojines junto al calentador para que ella se sentara. Era un hombre muy corpulento.

Hasta unos días antes, Amaya había estado viviendo en la pensión con Sôkichi y se la pasaba acostado sin hacer nada. Kumazawa, casi siempre ausente por asuntos de negocios, le pidió entonces que se encargara de administrar la casa de su concubina y, de paso, la cuidara. Como era de esperar, Amaya se deshacía en atenciones para con ella.

—Por favor, señora —dijo, mientras esponjaba un cojín que colocó junto al calentador. —Siéntese aquí.

Amaya era un hombre ingenioso y fresco, de palabra y espíritu, en contraste con la pesadez de sus movimientos y un cuerpo macizo como una piedra. Como había padecido beriberi, después de pasar toda la noche en vela, no quiso acompañar a los otros al baño.

—No debería haberse molestado —dijo Osen, mientras entraba desde la habitación contigua sosteniendo los faldones del kimono de seda estampado. Llevaba el cabello recogido con una peineta en la parte superior de la cabeza.

## 5.

Todavía faltaban unos días para que florecieran los cerezos. Sentada junto al calentador, observó el arreglo compuesto de una rama de manzano con otras flores que se recortaba en el papel blanco de las ventanas corredizas. Sôkichi esperaba que en cualquier momento Kumazawa se sentara frente a ella, vestido con el habitual kimono de Ôshima y la casaca corta de uno de cuyos bolsillos salía la cadena de oro del reloj.

—¿El patrón ha salido? —preguntó a Amaya.

Kumazawa no se veía por ninguna parte y tampoco había ido al baño público con los otros. Pero de pronto llegó el sonido de alguien que se aclaraba la garganta con fuerza. Por lo visto, Kumazawa estaba en el retrete.

—¡Aquí estoy! —gritó Kumazawa, entre carrasperas.

—¡Qué bárbaro! —exclamó con una carcajada la concubina de Matsuda, mientras pasaba en dirección a la cocina.

Osen bajó la vista y comentó sonriente:

—No es muy delicado que digamos.

—Es una desgracia para usted haber caído en sus redes —dijo Amaya, agitando el delantal.

—Creo que usted se está sobrepasando, señor Amaya.

Hasta Sôkichi, joven como era, se dio cuenta de que Amaya se había pasado de la raya con su atrevimiento.

—Le pido mil disculpas —dijo Amaya inclinándose varias veces. —Y para mostrarle que soy sincero, permítame el honor de afeitarle el vello de la nuca y mostrarle, como vengo diciendo desde anoche, que, a pesar de mis torpezas, puedo ser un buen servidor. Con su permiso, quisiera darle mi testimonio. ¡A ver, Sôkichi! Ve por una navaja.

A Sôkichi le pareció que aquello tenía sentido pues, si bien Osen podía ir al baño público, no era adecuado que la vieran en la peluquería. Sôkichi salió y regresó con una navaja.

—Pero, ¿dónde está la jofaina? Usa tu cabeza, muchacho.

Indudablemente, las cosas no eran tan claras para él.

—Imagino que a la señora la tranquilizaría que mostrara mis habilidades contigo primero.

—No es necesario —dijo ella.

—No hay nada de qué preocuparse. Si cometo un error, es porque soy un tonto. Observe. Ya le está saliendo vello en la cara.

Sôkichi se sentía desamparado.

—No será difícil. Un toque aquí, otro allá...

Osen miraba con ansiedad la mano de Amaya. Su cara, agitándose como un velo de seda en el vapor de agua hirviendo, reverberaba en los ojos de

Sôkichi. La mujer empezó a incorporarse, mostrando los tobillos blancos.

—Es muy fácil. Mire. Un toque aquí..., otro aquí...

—¡Ya basta! —exclamó Osen, poniéndose de pie. Desde las mangas del kimono llegó a Sôkichi la fragancia femenina.

—Y ahora, ¿qué hice?

—No se las afeite.

—¿Qué cosa? ¿Las cejas? —La navaja se detuvo un momento. Luego avanzó inexorable. —¿A quién le importa?

—Encima de los ojos, ¡no!

—Pero si a usted sólo le afeitaré la nuca. No veo cuál sea el problema de afeitarle las cejas a este granuja.

—¡Wah...! —desde el retrete, llegó un bostezo rotundo.

—¿De qué se ríe?

—¿Por qué no habría de reírme? ¿O llorar? Sólo son las cejas de un granuja.

—Se acabó —rugió ella, avanzando un paso, amenazante. El crujido de la seda resonó en el corazón de Sôkichi como las alas de un ángel. Osen parecía una sirena que surgía de entre olas de tatami. El brazo de ella, aferrado al de Amaya, trataba de detenerlo y, arrebatándole la navaja, la guardó en su seno.

—¡Qué envidia! Seguramente has heredado de tu madre esas cejas tan bonitas.

Sôkichi pudo vislumbrar el pecho blanquísimo de la mujer, así como la ternura que anidaba en su corazón pero, al instante, el brillo de la seda y la negrura del cabello lo obnubilaron. Sin poder contenerse, con el brazo de ella en sus hombros, ocultando su cara en la solapa del kimono, rompió a llorar amargamente.

—¿Está suficientemente afilada? ¿Les ayudo? —era la voz de la concubina de Matsuda proveniente desde el cuarto vecino.

Más tarde, cuando la noche había caído sobre el callejón, Sôkichi anunció que iría a la peluquería a devolver la navaja. En realidad, había decidido suicidarse.

(Pero vayamos por partes.)

## 6.

Los tres hombres estaban de regreso del baño público, instalados ya para seguir jugando a las cartas, incluyendo a Kumazawa, que finalmente había salido del retrete. El desayuno era sushi y un guisado de tofu, acompañados de sake. Amaya propuso para el té *sembei* de Sôma que vendían en el comercio de la calle Miyamoto, ubicado en la esquina, al pie de la escalera que subía al Myôjin. De esta manera, harían probar a Osen esas deliciosas galletas saladas, crujientes, condimentadas con salsa de soya, semejantes en su apariencia a la piel de un caballo, de ahí su nombre.<sup>4</sup> Sôkichi tuvo la desgracia de ser elegido para ir a comprar las galletas.

El apetito de un joven de dieciséis o diecisiete años es insaciable. Por encontrarse en ayunas, los retortijones de estómago que acosaban a Sôkichi desde la mañana se habían agudizado, y le costaba hacer lo que le pedían. Tenía la sensación de precipitarse al vacío desde lo alto de una escalera. Le habría sido muy difícil en su paso hacia la tienda soportar siquiera el olor del tempura, los fideos *soba* o los camotes asados de la calle. Pero la sola mención del *sembei* de Sôma hizo que hasta le temblaran las manos. Se moría de hambre y algunas gotas de sudor frío le brotaron en el cuerpo.

Por fortuna, siete *sen* habían sido suficientes para comprar bastante *sembei*, por lo que Sôkichi pensó que pasaría inadvertido si se comía un par de ellos.

En un lugar de la escalera de piedra, donde la pendiente era más pronunciada, al punto de casi poder tocar con la mano los escalones de más arriba, Sôkichi hizo una pausa. Bajo el follaje de un ginkgo, un abedul y un olmo, junto a la alcantarilla que corría a un lado, probó por primera vez el fruto de lo prohibido y se comió dos galletas de *sembei* redondas como una moneda de plata. Le supieron deliciosas, pero un sentimiento de vergüenza y culpa lo embargó. Se sentía como si se hubiera arrojado a un precipicio, desintegrándose con el golpe, como aquellos *sembei* se desintegraban en su estómago vacío.

Aturdido, se dio un golpe en la cabeza con un alero que sobresalía. Con la sangre hirviéndole,

sintió que se convertía en una serpiente pecaminosa que se arrastraba por la escalera de piedra. Era como Oshichi,<sup>5</sup> cuando se subió al techo para observar desde lo alto el fuego iniciado por ella que se propagaba por la ciudad. El brillo del sol que descendía por la escalera le obnubiló la mirada.

Parado junto al lavatorio sagrado del santuario, un escalofrío como de hielo le recorrió el cuerpo.

—¡Je, je, je!

Los hombres jugaban a las cartas. Al entregar las galletas *sembei* a Amaya, Sôkichi sintió una gran vergüenza que se le transparentó en la cara.

Amaya, mientras depositaba una carta en la mesa, le entregó la bolsa de *sembei* a Osen, que se veía cansada y no participaba en el juego.

—A ver qué te parecen.

Osen recibió la bolsa sentada junto al calentador.

—Los probaré para ver que no estén envenenados. A Sôkichi le dolieron estas palabras, pero decidió poner fin a la situación. Sin embargo...

—¡Je, je, je!

Otra risilla simulada llegó hasta Sôkichi, justo cuando se aprestaba a abandonar la habitación. Era Platillo, con su cara mofletuda en forma de diamante y sus ojos hundidos y estrechos. Reía arrugando la nariz abultada. Parecía que había quedado eliminado del juego. Con la pipa plateada en la mano, levantó una rodilla, apoyó la mejilla contra ella y se puso de pie riendo abiertamente.

—¡Ja, ja, ja! ¡Jo, jo, jo!

## 7.

—A ver qué les parece esto —dijo el dueño de la pensión, poniendo una carta sobre la mesa. Al monje, hasta le temblaron las mangas.

—¡Maldito! —replicó, arrojando una carta.

—¡Ji, ji, ji! —La sonrisilla sarcástica de Heishirô brotaba de sus encías. —¡Ji, ji, ji!

Kumazawa, con la copita de sake en una mano, miraba una a una las cartas con tréboles, lirios, cerezos y peonías que iba poniendo sobre el cojín de terciopelo negro.

—¿Qué pasa contigo? —dijo, rojo de la ira, mirando a Heishirô, que seguía riendo con malicia, como



un insecto que acaba de tragarse un grano de pimienta. –¡Idiota! –tronó, mientras se lamía el sake de las comisuras.

Osen tomó la botellita de sake tibia que se calentaba a bañomaría.

–¿Qué pasa?

–Perdón. No lo puedo evitar –dijo Heishirô riendo entre dientes.

–Parece un poseído –musitó disgustado Amaya.

Se hizo un silencio, pero con el silencio la situación empeoró, y Heishirô, doblado en dos sobre el tatami, seguía desternillándose de la risa.

–¡Auxilio, me ahogo! ¡Ja, ja, ja! Es más fuerte que yo.

Heishirô, con la cara roja, los ojos vidriosos, retorciéndose casi en agonía, alcanzó a tomar unos sorbos de té frío, pero continuó jadeando. Entonces estornudó, provocando una nube de cenizas de un cenicero.

El monje, señalando a Sôkichi, le ordenó:

–¡Abre la ventana!

Con la sensación de estar saltando en una cama de fakir, Sôkichi deslizó la ventana de papel hacia un lado. De inmediato, la nube de cenizas fue arrastrada por la corriente y se perdió en el cielo azul en dirección a Shinagawa. Parado junto a la ventana, Sôkichi podía divisar hacia el norte las chimeneas de Kuramae y el edificio Ryôun de doce pisos, en Asakusa. Abajo, iluminadas por el sol, brillaban las lámparas de papel del comercio de *sembei* de la calle Miyamoto. También se veía la subida al Myôjin, la empinada escalera de piedra que, cual ciempiés gigante, clavaba los colmillos en el extremo superior, un gusano que reptaba por la sucia alcantarilla y engullía un trozo de pan de gluten. Sôkichi se dio cuenta entonces de que, desde aquella ventana, lo habían visto comerse las dos galletas *sembei* y que por eso Heishirô se reía.

–¡Ahhhhhh...! –Heishirô aspiró con fuerza y los últimos ecos de su risa vibraron en los oídos de Sôkichi.

–Sôkichi, ¿no vas a comer *sembei*? –le preguntó Osen.

La voz lo arrojó de pronto a un abismo, donde se partió en pedazos. Su vergüenza se hizo más

insuportable precisamente a causa de aquella mujer que le había protegido las cejas y le había hecho añorar a quien lo había traído al mundo.

–Tengo algo que hacer en casa –atinó a responder Sôkichi.

“Casa” significaba para él la pensión donde vivía, pero en realidad adonde quería ir era al santuario Myôjin.

Una vez allí, olvidando el hambre, caminó sin rumbo fijo, huyendo de las miradas de la gente, y lloró hasta que las estrellas se vislumbraron entre las nubes.

En ese momento, decidió que iría a recoger la navaja. Evitando la puerta principal, entró en la casa de Osen por la cocina, donde la concubina de Matsuda le entregó la navaja creyendo que iría a devolverla. Sabía que en la habitación contigua estaba Osen porque hasta él llegó su perfume. Pero ella pareció no darse cuenta de su presencia.

De vuelta en el callejón de la escalera, Sôkichi divisó las siluetas del dueño de casa, del monje rapado y de Platillo proyectadas por una luz roja y hasta pudo oír sus voces. Tenía suerte de que a él no lo podían ver ni oír.

## 8.

–¿Qué estás haciendo? Me parece una broma de mal gusto.

Vestía un kimono a rayas, como un pájaro exótico con cara de mujer que descendía de los árboles y lo agarraba por la manga. Él se apoyaba en el tronco de un ginkgo inmenso, usado de soporte para sostener los puestos de venta ubicados detrás del santuario principal. Osen llegó justo cuando estaba a punto de hundir la navaja en su cuello. La mujer le arrebató la navaja de la mano. Todo parecía un sueño.

–¡Gracias al cielo! –exclamó Osen mirando hacia el santuario, sin dejar de sostener el brazo de Sôkichi. –Tuve la premonición cuando te oí diciendo en la cocina que ibas a devolver la navaja. Me quedé paralizada. Cuando ellos se marcharon, te llamé desesperada: ¡Hata, Hata!, pero no tuve respuesta. Me imaginé que irías a hacer una cosa como esta, por eso salí corriendo a la calle para ver



si te encontraba. Pasé por la peluquería, pero me dijeron que no te habían visto. “Demasiado tarde”, pensé. Estaba confundida, pero gracias al cielo aquí estás. No soy yo quien te ha salvado, son tus padres que te protegen. ¿Entiendes lo que te digo?

Sôkichi, como un niño, se refugió en el suave pecho de ella, asiéndose con fuerza a la faja de su kimono.

—Mira la luna. Es como Shakyamuni...

La media luna apareció detrás de una nube negra, iluminando con sus rayos las ramas del ginkgo. De pronto, se acordó del pecho de su madre muerta. Jamás olvidaría aquel momento.

—De ahora en adelante... No eres mujer, pero tu hora de madurar ha llegado. ¿Por qué morirme? A menos que tengas vergüenza de mí. —Sôkichi podía sentir el pecho agitado de Osen. —¿Por qué morir

por dos galletas *sembei*? A nadie le importa que seas un ladrón. Sabes que yo... Vamos, salgamos de aquí.

Al calzarse bien los zuecos, Sôkichi alcanzó a vislumbrar el escarlata del viso contrastando con las piernas blanquísimas. Osen estaba transfigurada. Tomando a Sôkichi de la mano, lo obligó a abandonar aquel escenario siniestro. Al pasar junto al santuario, se empapó las manos en el agua sagrada y echó unas gotas en la cabeza de Sôkichi. ¿Estaba tratando de protegerlo del mal o conjuraba al dios de la muerte?

—Seguridad, salud, larga vida, estudios... Ojalá se cumplan estos deseos. —Mientras juntaba las manos en posición de plegaria y hacía reverencias, sus ojos se llenaron de lágrimas. A la luz de la luna, su nuca lucía blanquísima.

—Ahora bebe un poco de agua. Te hará bien. A mí también —dijo, mientras sorbía un trago. —Mira cómo tiemblo.

Sôkichi ya lo había advertido.

—No me voy a ir de aquí sin ti. Prométeme que jamás volverás a este lugar. He puesto en riesgo mi vida para salvar la tuya, pero ya pedí perdón a los dioses. ¿Y sabes por qué te rocié con agua la cabeza? Porque, cuando estemos en un lugar seguro..., te la afeitaré con esta navaja y después dormiré contigo. El que durmió conmigo anoche era el monje de Kishû. Kumazawa y Amaya tuvieron la idea de juntarnos, para luego sorprendernos y poder así chantajear al monje. El monje traía consigo varios objetos valiosos del monte Kôya para venderlos en Tokio. Pero Kumazawa lo embaucó diciéndole que él se los vendería a un hombre de negocios muy rico, cuando lo que hizo fue empeñarlos y gastarse el dinero. Al reclamarle el dinero, Kumazawa, sabiendo que el monje me miraba con codicia, decidió tenderle una trampa... Como no soy una mujer fuerte, hace tiempo me vi en la necesidad de apoyarme en la fortaleza y el arrojo de Kumazawa y sus compadres. Pero al ver lo que iban a hacer con tus cejas... —Osen pasó un brazo por la espalda de Sôkichi.

—Estoy aquí porque desprecio a Kumazawa. Quisiera abrazarte, recuperar mi vida, cambiar el

rumbo de las cosas. Después de que Kumazawa me habló del plan que tenía para el monje, estuve a punto de decirle que me iría contigo, pero me contuve pensando que podría perjudicarte. Y no voy a cambiar de idea. Vamos... huyamos juntos. Deja todo por mi cuenta. Es mejor alejarnos de aquí.

A medida que descendían por la escalera de piedra, Sôkichi creía estar atravesando un paso de lobos, al final del cual se abría un valle luminoso.

—Este es el lugar, ¿no? —Sonriendo, Osen extrajo un monedero de su faja. La faja era muy sencilla, pero el monedero verde claro era muy elegante. —Compremos *sembei* y comámoslo mientras caminamos.

—Eres un muchachito frágil. —En el callejón oscuro que desembocaba en la calle principal, Sôkichi recibía de la dulce y fragante boca de Osen una a una las galletas *sembei*.

## 9.

Para regresar a casa de la escuela nocturna, Sôkichi debía recorrer los callejones de Okachimachi. Vivía en una pensión ubicada entre un comercio de botellas vacías y otro de ropa usada. En el momento de entrar en el edificio, casi choca con un hombre que salía. Osen había dejado abierta la puerta corrediza del cuarto de seis tatami. El futón estaba desplegado en el piso. Junto a la cabecera, ardía un brasero. Ella le agregaba carbón y lo apantallaba con una hoja de papel. Estaba asando croquetas de arroz en una plancha. Cuando estuvieron listas, les insufló vida con un soplido. Mientras Sôkichi las comía, lo deleitó con la historia de Urazato.<sup>6</sup>

Osen lucía mucho más hermosa que esta heroína. No estaba nevando, como en la historia, sino que al otro lado de la ventana los cerezos del jardín trasero estaban en flor, haciendo aun más emocionante la escena. Pero, desde la cerca del jardín trasero, un hombre con un pañuelo ceñido a la cabeza los observaba. No era Tokijirô, el galán de la historia, sino alguien muy diferente, ¡un policía!

De pronto, Osen se incorporó y trató de cerrar la persiana corrediza, pero demasiado tarde, pues el hombre ya había saltado la cerca y estaba junto a la ventana.



—Te vas a venir conmigo. —De la manga le asomaba una cuerda que parecía una serpiente.

Osen cayó de rodillas, protegiendo con su cuerpo a Sôkichi.

—¿Qué va a pasar con él?

—Este muchachito no me interesa. Vamos, muévete...

—Sô,<sup>7</sup> para el desayuno de mañana, hay frijoles. Están en el tazón con tapa. Ponles jengibre encurtido.

Con los zuecos en la mano, el policía abrió la puerta de entrada. Osen tomó sus sandalias y, ya afuera, el hombre la amarró con la cuerda a la altura del pecho. Su silueta parecía flotar sobre los sauces oscuros. Como Osen había empeñado el *haori* y toda la ropa, su piel parecía más blanca cubierta tan sólo con el único kimono de seda que le quedaba.

Sôkichi los seguía descalzo, llorando. Se sentía apresado en un pozo oscuro. Una leve ráfaga de viento hizo volar los pétalos de los cerezos a la luz del farol de la calle.

–Señor –dijo Osen, deteniéndose de pronto. –Sô... –repetió con calma. –Esta hermana tuya te entrega el alma.

El policía tiraba de la cuerda para hacerla caminar. Ella, repentinamente, sacó de su pecho un papel blanco plegado en forma de paloma y, sosteniéndolo en la palma de la mano, lo rozó levemente con los labios para que volara.

–Sigue esta paloma, dondequiera que te lleve.

Un leve toque de carmín quedó estampado en el blanco azulado del papel. La paloma se elevó entre los pétalos de las flores, como bailando en el vacío, y guió a Sôkichi hasta un gran portal donde se refugió.

Los trenes en ambas direcciones llegaron al mismo tiempo. Sôkichi estaba como extasiado. Seguía observando a las mujeres, y de pronto, la que se parecía a la esposa de su primo se acercó a la dama de escarlata y le acomodó el *haori*, que se le había deslizado por los hombros.

–¡Ya llegó!

–¿El coche? –preguntó la dama de escarlata, con los ojos perdidos en lontananza.

## 10.

–¿Y usted? –le preguntó a Sôkichi el empleado de la estación.

Uno tras otro, habían llegado tres o cuatro trenes sin rastros de lodo y en la sala de espera seguían las dos mujeres, además de una tercera que las acompañaba.

–Esta señora no se encuentra bien –dijo Sôkichi, ofreciéndole su brazo a la dama de escarlata. Cuando el empleado se fue, la miró con ternura a la cara y, dirigiéndose a las otras dos, les preguntó:

–¿Me autorizan a que llame un coche para que llevemos a la señora a Sugamo? Yo me encargaré de ella. Permítanme que me presente.

Cuando la tercera mujer, de cabello corto y cubierta con un abrigo, vio escrito el nombre Hata

Sôkichi, Doctor en Medicina, en la tarjeta que él le extendía, hizo una profunda reverencia. Ella estaba allí para ayudar a las otras. La que se parecía a la esposa de su primo le dijo a Sôkichi que la mujer de escarlata era una prostituta de un burdel de Shinagawa que había perdido la razón y que por eso la llevaban al hospital de enfermos mentales. Sin embargo, la mujer rechazaba el tren y se empeñaba en ir en coche, de ahí que refunfuñara. La que se parecía a la esposa de su primo no era otra que la hija del dueño del burdel. La del cabello corto dijo, mirando con frialdad a la demente, que su nombre era Osen.

Sorprendidos por la inesperada visita, los asistentes y las enfermeras de blanco iban amontonándose. Hata Sôkichi, el eminente doctor, saludaba a diestra y siniestra.

–Se trata de una visita privada. Les pido a todos por favor...

Entró solo al cuarto de pacientes distinguidos, donde Osen yacía con la ropa desarreglada. Arrodillándose junto a la cama, colocó una navaja en las manos de ella y hundió la cabeza en su seno. Mientras la abrazaba, lloraba sonriente, sin importarle que las lágrimas se deslizaran por su barba.

(1922)

Traducción del japonés: **Guillermo Quartucci**

1 Especie de zueco bajo, de suela de madera y con dos tiras en la parte superior que se meten entre los dedos del pie.

2 Abrigo corto que se pone sobre el kimono.

3 Tempura sobre arroz.

4 *Sôma* significa literalmente “apariencia de caballo”. Se trata de una galleta de arroz.

5 Personaje muy popular que, en el siglo XVIII, en Edo, había provocado un incendio para ver a su amado, que era bombero. Hay numerosas obras de Edo que se refieren a ella.

6 Cortesana popularizada por el teatro kabuki, especialmente en una escena que transcurre en un jardín nevado, donde ella, maniatada, espera a que Tokijirô, el galán, la rescate.

7 Diminutivo de Sôkichi que expresa cariño.